

CAPÍTULO VII

SABER SOCIAL, COMPLEJIDAD Y VIDA COTIDIANA

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

EL LUGAR DE LA VIDA COTIDIANA EN LOS IDEALES CLÁSICO Y NO CLÁSICO DE RACIONALIDAD

El “giro” hacia la vida cotidiana, que no es difícil de constatar en las ciencias sociales contemporáneas, no solamente responde a la significación que en sí mismo posee dicho ámbito de la realidad social –circunstancia de por sí ya más que suficiente para justificar dicha jerarquización temática–, sino que también obedece a un requerimiento metodológico nuevo de esas ciencias, que forma parte de los esfuerzos del saber de nuestra época por “demarcarse” de los criterios metodológicos que afianzó la modernidad.

La ciencia moderna occidental se estableció –legitimándose– como superadora del sentido común tomado como criterio de veracidad. Ello tuvo como corolario la exclusión de ese sentido común del horizonte de cientificidad. Tomar lo que dictaba el sentido común como guía del obrar “no-era-científico”, ya que no respondía a los criterios de índole lógica que se consideraban consustanciales a la empresa de obtención de un saber verdadero proporcionado por la ciencia.

Y no puede sorprendernos que, junto al sentido común, la propia vida cotidiana, ese venero suyo de todos los tiempos, haya asimismo quedado relegada al terreno trans-científico. En su lugar, el saber de la modernidad, *mutatis mutandi*, fue erigiendo un modelo idealiza-

do de realidad, apartándose de hecho de la realidad realmente existente (que, no obstante, siguió siendo el ámbito desde el cual, inadvertidamente para la mayoría, se hacía esa ciencia).

Esa vida cotidiana hipostasiada por el saber de la modernidad llegó a obnubilar de tal manera a muchos que, ante el reclamo de otros de prestarle atención a la vida cotidiana real, se ha llegado a plantear que ello sería “redundante” –y por lo mismo innecesario– pues “todo-es-vida-cotidiana”. Y ya sabemos que cuando “algo” es “todo”, a tal punto que no es necesario explicitarlo, realmente resulta ser “nada”.

Es conveniente tener tales circunstancias en mente cuando constatamos el énfasis realmente existente en la vida cotidiana por parte del nuevo ideal contemporáneo –no clásico– de racionalidad al que ya más de una vez hemos aludido en el curso de nuestra exposición. Y lo es no sólo para contextualizar dicho ideal contemporáneo de racionalidad epocalmente de modo adecuado, sino además para no equivocarse “el mensaje epistemológico” que ello implica: no se trata de que el nuevo ideal de racionalidad en construcción renuncie a los criterios lógicos y formales legítimos del saber que calificamos como “científico”. No los sustituye por los dimanantes del sentido común. Pero sí reconoce la existencia de un saber tácito, nada despreciable, procedente del sentido común.

Y, concomitantemente, también reconoce la importancia del venero secular de ese sentido común y de ese saber tácito: la vida cotidiana. La vida cotidiana realmente existente desplaza las idealizaciones abstractas que acerca de ella hiciera la modernidad. Y el nuevo ideal contemporáneo hace más: hurga en las formas de vida cotidiana realmente existentes, caracterizándolas, buscando en ellas la génesis de los vínculos dinámicos de *toda* comunidad.

PENSAR Y CARACTERIZAR LA VIDA COTIDIANA

¿QUÉ ES UN PATRÓN DE INTERACCIÓN SOCIAL? ¿CUÁL ES LA IMPORTANCIA PRÁCTICA Y TEÓRICA DE SU CARACTERIZACIÓN?

¿Por qué resultan tan importantes el estudio y la caracterización de nuestros patrones de interacción social de la vida cotidiana? Metodológicamente esa importancia radica en que, a medida que pasamos de estudiar y caracterizar la praxis humana en general a estudiarla como la interacción social entre seres humanos en que toda praxis se plasma, y de ahí pasamos a caracterizar los patrones de dicha interacción social, transitamos hacia planos de una cada vez mayor concreción social y, por esto mismo, de mayor posibilidad de indagación empírica.

Resulta una verdad de Perogrullo que no somos “robinsones”, sino que estamos inmersos en una u otra sociedad en compañía de nuestros semejantes y que todos, ellos y nosotros, participamos con nuestras acciones, simultánea y sucesivamente, en múltiples actividades cotidianas necesarias para producir y reproducir nuestra vida social; acciones nuestras que, muchas de ellas, se vinculan una y otra vez y de diferentes maneras con las de otros, y viceversa. Llevamos a cabo nuestro obrar –y nuestros semejantes hacen lo propio con el suyo– en una trama de interacciones sociales.

Lo anterior podría conducir a pensar que obramos, entonces, en un verdadero torbellino de acciones propias y de otros, con características más o menos impredecibles por su carácter de caóticas. De hecho, ha habido –y aún existen– corrientes de pensamiento –las de un individualismo metodológico de extremo relativismo– que sostienen precisamente eso. Sin embargo, como también sabemos por nuestra propia experiencia cotidiana, a pesar de la múltiple variedad de nuestras acciones y de las de los otros, así como de lo variopinto de sus interacciones, somos capaces de orientarnos en esa compleja madeja. Sin embargo, no todas las acciones de los que nos rodean pueden ser anticipadas o previstas por nosotros, ni tampoco pueden serlo todas las consecuencias de nuestras propias acciones, por lo que estas tienen con frecuencia resultados no deseados ni por nosotros mismos. Estas últimas circunstancias apuntadas, no obstante, no eliminan nuestra capacidad de “saber a qué atenernos” en la inmensa mayoría de las situaciones *de* interacción social con nuestros semejantes. Sabemos *qué* podemos razonablemente esperar que ellos hagan y ellos saben *qué* pueden esperar razonablemente que hagamos nosotros.

Tenemos, pues, expectativas mutuas de comportamiento sobre las cuales construimos nuestra vida cotidiana. Tales expectativas mutuas, que nos resultan tan evidentes que ni siquiera reflexionamos sobre qué las hace posibles (más adelante nos detendremos en cómo se originan estas expectativas mutuas), van conformando (gracias a la ya mencionada compleja madeja de acciones conjuntas –de muchas personas individuales: las nuestras con las de otros y estas con las nuestras– que denominamos interacciones sociales) ciertos cursos más o menos generales (basados en rasgos generalizables de dichas interacciones) y van constituyendo verdaderos patrones –pautas recurrentes– característicos para dicho accionar conjunto. Estos, entonces, no son otra cosa que los patrones de interacción social de nuestro obrar cotidiano.

Es decir, los patrones de interacción social son modos colectivos característicos de comportamiento o conducta social conjunta que emergen a partir del obrar de múltiples accionares individuales y sin que los individuos mismos que los ponen en juego se hayan puesto

consciente y explícitamente (pero sí tácita e implícitamente) de acuerdo para dejar constituido semejante curso general de su obrar.

LOS PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL Y LA CONTEXTUALIZACIÓN DE LA VIDA SOCIAL

Tres son, por lo menos, las características universales de los patrones de interacción social, es decir, aquellas que todos ellos, cualesquiera que sean, no pueden dejar de manifestar:

- su indexicalidad;
- su reflectividad;
- su apertura (su carácter “abierto”).

INDEXICALIDAD DE TODO PATRÓN DE INTERACCIÓN SOCIAL

Cualquiera que sea el patrón de interacción social de que se trate (el familiar, el clasista, el educacional, el laboral, el de actividades recreativas, el de género, etc.), siempre estará erigido sobre la base de:

- el involucramiento en el mismo de unas u otras personas concretas y específicas (su *quiénes*);
- la plasmación a través de prácticas de un contenido propio (su *qué*);
- el desenvolvimiento en ciertos lugares concretos y específicos (su *dónde*);
- el desenvolvimiento en ciertos momentos concretos y específicos (su *cuándo*);
- el desenvolvimiento con vistas a ciertos fines concretos y específicos (su *para qué*);
- el desenvolvimiento a partir de ciertas circunstancias o consideraciones concretas y específicas (su *por qué*); y
- el desenvolvimiento a través de ciertos modos o maneras concretos y específicos (su *cómo*).

En conjunto, lo anterior conforma lo que se denomina el carácter indexical de todo patrón de interacción social (su indexicalidad). En otras palabras, su carácter siempre de *hic et nunc* (aquí y ahora) y siempre también involucrando a alguien (algunos), con relación a algo, de una cierta manera, por algo, para algo.

No es difícil percatarse de cómo esta indexicalidad de los patrones de interacción social, con toda la “especificidad” que les otorga a los mismos, permite su caracterización empírica a través, por supuesto, de las metodologías sociales apropiadas para ello –mayormente cualita-

tivas, pero no por eso menos rigurosas y útiles para la indagación social que las metodologías cuantitativas, a las cuales, por cierto, las primeras no deben ser contrapuestas ni “antagonizadas” sino, por el contrario, “complementarizadas” (“trianguladas”, en la jerga de la investigación cualitativa). Especificidad que, junto a su carácter de componentes universales de todo *socium*, torna a los patrones de interacción social mismos en una *poderosísima* herramienta de análisis e interpretación sociales¹⁰. Especialmente cuando se comparan las posibilidades que la consideración de los patrones de interacción social da de caracterizar de modo concreto uno u otro tipo de clase específica de praxis social (no olvidemos nunca que los patrones de interacción social no son otra cosa que las maneras, siempre concretas y específicas, en que toda praxis social adquiere plasmación social) con relación a otras caracterizaciones de la praxis que permanecen en planos muy generales (cuando no meramente declarativos), faltos de “empiricidad”.

REFLECTIVIDAD DE TODO PATRÓN DE INTERACCIÓN SOCIAL

Al ser uno u otro patrón de interacción social tramado sobre la base de expectativas mutuas (de comportamiento colectivo familiar; de comportamiento colectivo educacional, laboral, clasista, de género, etc.) constituidas tácita e implícitamente, y al ser estas expectativas mutuas reforzadas (reproducidas) o debilitadas (modificadas) por el reforzamiento o por el debilitamiento, a su vez, del patrón de interacción social de que se trate, no es difícil darse cuenta de que se conforma una articulación de “vuelta sobre sí mismo” entre la resultante de cada plasmación de la indexicalidad de ese patrón (es decir, de una u otra plasmación de sus quiénes, qué, dónde, cuándo, para qué, por qué y cómo) y la entrada (condición de partida) de la siguiente plasmación de la indexicalidad del mismo patrón.

En otras palabras, el resultado de cada “vuelta”, “bucle” o “ciclo” (términos que solamente “metaforizan”, didácticamente, cada plasmación de la indexicalidad –de los “quiénes”, “dónde”, “cuándo”,

10 La investigación cualitativa como tipo de investigación se dirige a obtener un saber acerca de lo que las personas vivencian, perciben, sienten, piensan y expresan en su vida y contexto diario cotidiano, proporcionando una descripción para la comprensión de cómo transcurre, en uno u otro escenario de interacción social concreto, el proceso de la constitución y la interpretación de sentidos de las propias acciones por parte de los que las ejecutan y se ven involucrados en ellas. Establece qué significados asignan a sus acciones sus ejecutores, sobre la base de sus conocimientos, convicciones, creencias, motivaciones, valoraciones e intenciones subjetivas y de sus interacciones con “los otros” en diferentes escenarios sociales contextualizados. Comporta, entonces, un saber acerca de “lo que es significativo para la gente”, obtenido “entre ellos”, “desde dentro y abajo”, un saber acerca de las subjetividades contextualizadas.

“qué”, “cómo”, “porqué”, “para qué” – de un patrón de interacción social, junto a sus resultados) se erige en “entrada” (o condición de partida) del siguiente ciclo. A este rasgo se lo denomina reflectividad de todo patrón de interacción social.

APERTURA (*CARÁCTER ABIERTO*) DE TODO PATRÓN DE INTERACCIÓN SOCIAL

Las dos características ya apuntadas –su indexicalidad y su reflectividad– hacen, en su accionar conjunto, que uno u otro patrón de interacción social presenten siempre, en principio, la posibilidad de desenvolverse otra vez más, aunque sea en un “bucle”, “ciclo” o “vuelta”, es decir, en una plasmación adicional de sí mismo.

Al realimentarse reflectivamente –reproducidas o modificadas– las expectativas mutuas resultantes (tácitas e implícitas) según el patrón de que se trate (familiar, laboral, etc.) sobre la base de la indexicalidad de su siguiente “bucle” de plasmación (es decir, al constituirse dichas expectativas en condiciones iniciales para las siguientes plasmaciones de los quiénes, qué, dónde, cuándo, para qué, por qué y cómo de tipo familiar, laboral, etc.), siempre se torna posible, en principio, realizar otra vuelta de la plasmación del patrón de interacción social de que se trate.

Es este rasgo de todo patrón de interacción social el que es denominado como su apertura, es decir, su carácter abierto. En ocasiones¹¹, se hace referencia a este rasgo como al “principio ‘etc.’” de todo patrón de interacción social, es decir, la posibilidad siempre existente de “otra” plasmación adicional (de ahí el “etc.”) del mismo.

El conjunto de estas tres características de todo patrón de interacción social de la vida cotidiana en que se concreta la praxis humana conforma su contextualización. Es decir, dichas características van tejiendo el contexto en que se desenvuelve toda praxis social.

EL PENSAMIENTO ‘DE LA COMPLEJIDAD’ Y LA VIDA COTIDIANA LOS PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL COMO “ATRACTORES” DE LA DINÁMICA SOCIAL

LA ÍNDOLE DINÁMICO-SISTÉMICA DE LOS PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL DE LA VIDA COTIDIANA

De lo expresado hasta aquí acerca de los patrones de interacción social, se desprende su carácter procesual. Es decir, los patrones de interacción social son, ante todo, regímenes de prácticas características de la vida cotidiana de una u otra sociedad; son procesos sociales

11 Por ejemplo, en la tradición etnometodológica de investigación social.

de comportamiento colectivo característico, que producen y reproducen uno u otro aspecto de la vida social. Pertenecen, por lo mismo, al ámbito de la praxis, aportándole a esta concreción y especificidad. Por lo tanto, sus características y rasgos –en algunos de los cuales ya nos hemos detenido– son de índole dinámica.

Una dinámica por cierto peculiar que podemos calificar de “atractora”; es decir, uno u otro patrón de interacción social se comporta como una especie de “atractor social” hacia el cual los hombres y mujeres de un *socium* tienden en sus comportamientos (comportamientos, en cada caso, del tipo correspondiente al patrón de interacción de que se trate: laboral, familiar, recreativo, educacional, de clase, de género etc.), al sentirse “atraídos” tácita-pre-reflexivamente hacia él por medio de expectativas mutuas, como ya hemos explicado.

La noción de “atractor” dinámico en la teoría de los sistemas dinámicos no lineales contemporánea se conforma de la siguiente manera: un “sistema dinámico” es la multiplicidad de transformaciones factibles a partir de determinados componentes, procesos y estados. Esa multiplicidad y esos procesos conforman entonces lo que se denomina un “espacio dinámico” (o “espacio de fase”, en la jerga más especializada de la teoría de sistemas). Como se ve, un “espacio dinámico” es un “espacio” virtual, en el sentido de que sus “puntos” *son estados*, sus “líneas” *son procesos* y el paso de unos “puntos” y/o “líneas” a otros *son transformaciones* (por eso mismo sus “dimensiones” no son tres, sino que pueden ser desde una hasta innumerables, tantas como las variables que caractericen al sistema en cuestión).

Entonces, en ese “espacio” dinámico, aquellas “regiones” –es decir, aquellos conjuntos de estados– donde las “líneas” –es decir, los procesos dinámicos– *se acumulan* (es decir, se tornan más insistentemente presentes como resultado de las transformaciones dadas) se denominan atractores dinámicos.

Los atractores que no cambian su dinámica con variaciones pequeñas de los estados dinámicos (con desplazamientos pequeños entre los “puntos” o estados que los conforman) se llaman “atractores normales”; aquellos que modifican su dinámica se llaman “atractores raros o extraños”. Los primeros son característicos de los sistemas dinámicos sencillos, simples o lineales (que presentan dependencias cuantitativas reproducibles por expresiones matemáticas lineales, es decir, sin discontinuidades); los segundos son característicos de los sistemas dinámicos complejos o no lineales (que, en sus dependencias cuantitativas, son caracterizables a través de expresiones matemáticas no lineales, que presentan discontinuidades). Estos “atractores raros o extraños” tienen mucho que ver con los fenómenos dinámicos denominados *caóticos*.

La Teoría de la Complejidad, entre otras cosas, ha evidenciado que múltiples sistemas dinámicos complejos, de la más diversa índole, presentan un comportamiento dinámico denominado como “en el borde o en las fronteras con el caos”, debido a que en tales circunstancias estos sistemas presentan: una óptima conectividad entre sus componentes; una óptima capacidad de procesamiento de la información; una óptima gama de alternativas dinámicas de desenvolvimiento ulterior; y, por lo mismo, una óptima adaptabilidad o capacidad de evolución, todo lo cual redundará en un mayor grado de estabilidad a las variaciones del entorno.

No es difícil constatar que en cualquier sociedad existen transformaciones, procesos y estados –sociales, por supuesto– entre sus componentes (los hombres y mujeres reales y concretos que la conforman); que los efectos sociales de una u otra causa social inciden sobre la misma modificándola, de manera que su efecto subsiguiente queda afectado por esa incidencia inversa; y que incluso sucesos sociales al parecer insignificantes suelen tener enormes consecuencias sociales para el *socium* que las experimenta. Por lo que toda sociedad puede ser clasificada como un sistema dinámico complejo de índole no lineal, con un grado significativo de esa “complejidad”. Sus patrones de interacción social son sus “atractores” y pueden, en determinadas circunstancias, pasar de “atractores normales” a “atractores raros o extraños”.

EL EMERGER DE LOS PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL SOBRE LA BASE DE EXPECTATIVAS MUTUAS DE COMPORTAMIENTO SOCIAL TÁCITAMENTE CONSTITUIDAS

¿CÓMO SE PRODUCEN LAS “EXPECTATIVAS MUTUAS”
ENTRE LOS INVOLUCRADOS EN UNO U OTRO PATRÓN
DE INTERACCIÓN SOCIAL?

Ya hemos apuntado que involucrarse en uno u otro patrón de interacción social implica seguir una determinada pauta colectiva de comportamiento social que remite a la presencia en nosotros de unas “expectativas” dadas hacia el comportamiento de los otros involucrados en el patrón de interacción de que se trate y, a su vez, hacia la presencia de esas mismas expectativas de comportamiento –en este caso el nuestro– por parte de esos otros. Esas “expectativas mutuas” (de comportamiento familiar, laboral, clasista, religioso, de género, etc., según el patrón de interacción social de que se trate) son el “cemento” aglutinador de todo patrón de interacción social. Sin ellas –sin ese anticipar nuestro basado en el modo en que esperamos que se comporten los demás, y sin ese anticipar de los demás basado en cómo ellos esperan que nos comportemos nosotros– no podría “solidificarse” ningún contexto de interacción social y, por carácter transitivo, ninguna praxis social.

¿De dónde proceden tales expectativas mutuas? Esas expectativas mutuas se plasman en el ámbito de la vida social cotidiana y pertenecen, por tanto, al terreno de la conciencia tácita o conciencia práctica. Es decir, su plasmación transcurre en el plano pre-reflexivo de la pragmática¹² de la vida diaria en interacción con los demás.

En el transcurrir diario de las prácticas de su vida cotidiana, los seres humanos se enfrascan –por necesidad– en múltiples tipos de actividades, y para ello realizan una variedad aún mayor de acciones. Y no las realizan en la soledad de una isla desierta –como robinsones– sino, como ya hemos mencionado, en interacción con las actividades y acciones de otros hombres y mujeres de su sociedad.

Al comienzo mismo –tiempos ya inmemoriales– de esas actividades y acciones cotidianas, muchas de ellas –la mayoría– por su supervivencia, aquellos hombres y mujeres no podían saber de antemano cuáles les proporcionarían los resultados apetecidos y cuáles no. Fueron ensayando diversas acciones y actividades, en interrelación con los semejantes que les rodeaban, dejando paulatinamente de hacer (“desechando”) aquellas que no los conducían a los objetivos propuestos (aunque estos fuesen aún muy elementales) y repitiendo cada vez con mayor frecuencia (“escogiendo”) aquellas a través de las cuales sí los lograban. Y, al mismo tiempo que así iban desechando –dejando de hacer– algunas acciones, y escogiendo –repitiendo cada vez con mayor frecuencia– otras, intentando lograr objetivos de supervivencia comunes en interacción unos con otros, se iba conformando en cada uno de ellos una actitud de natural espera de que aquellos otros junto con los cuales actuaban se comportarían igual que ellos mismos; es decir, que dejarían de hacer lo que no había llevado al logro de los objetivos comunes y que, en cambio, sí harían aquello que los había guiado a tal logro. Surgían así sus expectativas comunes, es decir, mutuas, de comportamiento, que irían estabilizando ciertos modos de conductas colectivas en detrimento de otros. Una vez suficientemente estabilizados, no eran otra cosa que sus patrones iniciales de interacción social.

Esa manera de conformarse y estabilizarse unos u otros modos de conductas colectivas cotidianas y, concomitantemente, de no conformarse y desestabilizarse otros¹³ no ha cesado, desde entonces, de estar presente a lo largo de la historia de las colectividades humanas.

12 Pragmática no en el sentido de un enfoque “pragmático” o de una concepción que tribute al pragmatismo filosófico, sino en el sentido de la dimensión “práctica pre-reflexiva tácita” de la vida de los seres humanos, en su distinción de su dimensión reflexiva y también de su dimensión inconsciente.

13 Esta suerte de paralela y simultánea “aprobación” colectiva *tácita* de unas conductas también colectivas y “desaprobación” colectiva *tácita* de otras equivale al establecimiento *tácito*, simultáneo, de ciertas “permisividades” y de ciertas “prohibiciones” colectivas

Retomando la metáfora utilizada más arriba, esa suerte de “cemento” aglutinador de un *socium* –que son las expectativas sociales mutuas– no ha cesado de “ser producido” y de ejercer sus “efectos aglutinantes” a lo largo de esa historia humana¹⁴, aun cuando ya muchos –de hecho, la mayoría– de esos modos colectivos de conducirse de los hombres y mujeres reales y concretos no estén vinculados directa e inmediatamente con su supervivencia, sino con otros aspectos diversos de su existencia.

Recalquemos ahora otra faceta de ese proceso de establecimiento de nuestras expectativas mutuas.

En ese terreno de la vida y la conciencia práctico-cotidianas, ese “esperar que los otros se comporten de determinada manera y no de otra cualquiera” (en su comportamiento familiar, o en el laboral, o en el religioso, o en el clasista, etc., según sea el caso) resulta equivalente a lo que solemos denominar como “seguir una regla”. Pero las “expectativas mutuas” que nos interesan ahora, a las que hemos venido aludiendo, y a las que remite todo patrón de interacción social, si bien son algo equivalente a ese “seguir una regla”, transcurren, sin embargo, de modo pre-reflexivo en el tramado de nuestra vida cotidiana.

Es decir, no somos conscientes en esa vida cotidiana de que “seguimos” (nosotros y los otros) unas reglas, aunque efectivamente lo hagamos. No “las conocemos” reflexivamente sino tácitamente. Pero esas reglas –numerosas– existen en lo social. Son ese “se hace así, porque todos lo hacen de ese modo” y/o “no se hace así, porque nadie lo hace de ese modo”, que reiteradamente vivenciamos cada día desde pequeños. Se erigen, así, en reglas tácitas, pre-reflexivas, a las que remite nuestro comportamiento cotidiano y el de los demás. Ese saber que poseemos acerca de dichas reglas es un saber tácito, pre-reflexivo; es decir, no pertenece al ámbito de lo consciente en nosotros, pero tampoco al de nuestro inconsciente¹⁵.

concomitantes; lo que tendrá, como veremos más adelante en el libro, incidencia singular para la articulación de “lo micro” y “lo macro” social. Limitémonos, por el momento, a señalar que cualquier *institución social* puede concebirse como un *régimen de prácticas* dadas –específicas– de permisividades y prohibiciones *concomitantes* respecto de algo. Si ello es así, puede concluirse que todo patrón de interacción social es “portador” de una suerte de efecto *proto-institucionalizador* social inherente.

14 *Profundizando* la metáfora, podríamos añadir que “los ingredientes” que componen ese “cemento” aglutinador (y constituyentes de tales regímenes prácticos de “permisividades” y de “prohibiciones” sociales *concomitantes*) –sus “materias primas”– no son otros que las prácticas “locales” de *poder*, *deseo*, *saber* y *discurso*, como tendremos ocasión de constatar en más de un oportunidad a lo largo del libro.

15 Es importante la *no identificación* (a diferencia de otros tratamientos que, explícita o implícitamente, los hacen equivalentes) que hacemos del ámbito de lo tácito pre-reflexivo

LA ARTICULACIÓN SISTÉMICA ENTRE PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL: LAS SINERGIAS SOCIALES

“ESPACIO PROPIO” Y “TIEMPO PROPIO” DE LOS PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL

Como resultado de la acción conjunta de los diversos componentes de su indexicalidad, la dinámica de cada patrón de interacción social (el familiar, el laboral, el educacional, el clasista, el religioso, el de género, etc.) presenta entonces lo que podríamos llamar –en términos de sus componentes indexicales “dónde” y “cuándo”– su espacio y tiempo propios. Es decir, una diseminación territorial y una perduración temporal propias y características en el seno de una u otra sociedad concreta en que halla expresión concentrada la resultante de tal articulación conjunta.

Por ejemplo, en las sociedades actuales, en general, el espacio y tiempo propios característicos del patrón familiar de interacción social y los característicos del patrón clasista de interacción social incorporan a la totalidad de miembros de la sociedad de que se trate y durante todo su trayecto biográfico, en tanto en ellas es imposible no formar parte de una u otra familia o no pertenecer a una u otra clase social desde el nacimiento hasta la muerte. Mientras que el patrón laboral de interacción social presenta espacio y tiempo propios más restringidos, en tanto sólo incorpora a aquellos miembros de la sociedad que trabajan y por el lapso biográfico en que lo hacen (por ejemplo, desde el inicio de su vida laboral hasta su jubilación), el patrón educacional de interacción social incorpora sólo a aquellos con acceso a la educación y por el tiempo en que dispongan de él; a su vez, el patrón religioso de interacción social incorpora sólo a los creyentes dentro de la sociedad y durante el intervalo en que se mantiene su fe.

Los ejemplos que hemos escogido a modo de ilustración evidencian también que en cada sociedad concreta dichos espacio y tiempo propios de un mismo tipo de patrones de interacción social no son idénticos. Así, en una sociedad fuertemente laica y en una

con relación al ámbito del inconsciente. Ello permite comprender mejor *el papel mediador* que este saber tácito desempeña en la articulación entre ese inconsciente y el ámbito de “lo consciente”. No es ocioso apuntar que ello, al mismo tiempo, *nos saca* de esa lógica dicotómica –aristotélica– en la que casi siempre nos movemos (mejor sería decir en la que siempre “quedamos atrapados”, sin darnos cuenta) y que “nos obliga” a contraponer la conciencia al inconsciente. Como se ve, nuestra argumentación “se mueve” dentro de otro tratamiento de “lo lógico”, que no establece dicotomías entre contrarios, sino contrarios con mediaciones articuladoras *entre ellos*, como apuntáramos en el capítulo III (ejemplos adicionales de esto es el tratamiento, a lo largo de nuestra exposición, no de *sujeto-objeto*, sino de *sujeto-contexto de praxis-objeto*; no de “lo macro”-“lo micro”, sino de “lo macro”-*los patrones de interacción social*-“lo micro”; etcétera).

fuertemente religiosa se diferenciarán en gran medida el espacio y tiempo propios del patrón religioso de interacción social. En una sociedad altamente letrada y en una con muy alto índice de analfabetismo, ello se constatará en muy diferentes espacios y tiempos propios para el patrón educacional de interacción social¹⁶. Otros patrones de interacción social, sin embargo, como por ejemplo el clasista, presentarán, en cualquier sociedad en la cual ya se hayan formado las clases sociales, espacios y tiempo propios análogos (nos referimos, por supuesto, a la ya apuntada incorporación total de sus miembros, y por toda su biografía, a uno u otro tipo de tal patrón clasista, y no a que las clases sociales presentes en concreto¹⁷ sean siempre idénticas). Asimismo, el patrón familiar de interacción social presentará análogas características generales totalmente abarcativas de espacio y tiempo propios en diferentes sociedades.

Por todo lo expresado, es evidente la utilidad e importancia metodológica de la incorporación de una descripción empírica de estos “espacios y tiempos propios” para el estudio y caracterización de cualquier *socium*. Recalquemos que aquí hacemos referencia a los “espacios y tiempos propios” característicos de unos u otros regímenes de prácticas colectivas en ese *socium* y no a estructuras sociales, que es el terreno en que más comúnmente se llevan a cabo nuestros estudios del perfil socio-clasista de la sociedad. En otros capítulos veremos cuál es la correlación entre estos regímenes de prácticas colectivas –los patrones de interacción social de la vida cotidiana– y aquellas estructuras de relaciones sociales.

LA ARTICULACIÓN ENTRE PATRONES DE INTERACCIÓN SOCIAL

A lo largo de toda nuestra trayectoria vital, de nuestro recorrido biográfico completo, como ya hemos señalado más de una vez, estamos invo-

16 Nos hemos expresado aquí de la manera usual. Sin embargo, si meditáramos más, nos daríamos cuenta de que no es correcto sostener que “en una sociedad fuertemente laica” el patrón religioso de interacción social presentará “un espacio y un tiempo propios” reducidos, sino a la inversa: *toda sociedad donde el patrón religioso de interacción social presente “espacio y tiempo propios” reducidos será, por lo mismo, mayormente laica*. Y, análogamente, no es correcto afirmar que “en una sociedad fuertemente letrada” el patrón educacional de interacción social presentará “un espacio y un tiempo propios” muy desarrollados, sino a la inversa: *toda sociedad donde el patrón educacional de interacción social presente un desarrollo significativo será, por lo mismo, mayormente letrada*. Y así sucesivamente. Es desde los patrones de interacción social –desde los regímenes de prácticas colectivas características de la vida cotidiana– que se produce la realidad social resultante y no a la inversa.

17 Por supuesto que, a su vez, el patrón de interacción social *para cada una de las clases concretas presentes* en cada caso tendrá también su “espacio y tiempo propios” característicos y específicos. Por cierto, los mismos son de especial significación para la caracterización de cualquier *socium* desde una perspectiva de clases.

lucrados en una simultaneidad y sucesión de diversos patrones de interacción social. Y cada uno de ellos no ocupa en nuestra vida un compartimento estanco, aislado de los demás patrones, sino que, por el contrario, se hallan en permanente articulación. Baste con recordar el caso de los patrones familiar y educacional, o el de los patrones familiar y laboral, o el de los patrones laboral y clasista, para sólo mencionar algunos.

¿Cómo se articulan esos y cualesquiera otros patrones de interacción social en que indefectiblemente nos vemos involucrados? En su comportamiento necesariamente dinámico, como ya sabemos también, cada uno de esos patrones constituye una especie de “atractor social” hacia el que convergen los comportamientos sociales individuales de los hombres y mujeres de una sociedad hasta tornarse colectivamente característicos. Esto quiere decir que en su coexistencia en el *socium* dado no puede no establecerse una especie de “competencia” entre tales atractores sociales en cuanto a su fuerza incorporadora propia. Dada su diferente índole –la especificidad de sus indexicalidades tipo “qué”–, unas de esas “capacidades de incorporar” prevalecen sobre otras, subordinándose entonces unos patrones de interacción social a otros (los de menor capacidad incorporadora a los de mayor capacidad).

Los espacios y los tiempos propios de unos u otros patrones de interacción social (los componentes “dónde” y “cuándo” de su indexicalidad), resultantes del accionar conjunto de todos sus restantes componentes indexicales (de sus “quiénes”, “por qué”, “para qué”, “qué” y “cómo”), desempeñan también un papel cardinal en el mecanismo de articulación –de coexistencia y sucesión– entre los diversos patrones de interacción social. Lo que no obsta, como ya hemos visto, para que la aludida “capacidad incorporadora” (atractora social) de todo patrón de interacción social sea, en realidad, una resultante de la acción conjunta de todos sus componentes indexicales, si bien esa resultante se expresa concentradamente en la incidencia social de los componentes tipo “dónde” y “cuándo”.

En particular, aquellos patrones de interacción social que, como resultado de esa dinámica conjunta de sus componentes indexicales, presentan un espacio y un tiempo propios abarcadores de todos los miembros de la sociedad contemporánea de que se trate y a lo largo de todo su trayecto biográfico, como por ejemplo el patrón clasista y el patrón familiar de interacción social, se erigen en atractores sociales prevalecientes con relación a otros patrones de interacción social coexistentes con ellos pero que presentan espacios y tiempos propios menos abarcadores. Esa prevalencia subordina socialmente a esos otros patrones de interacción social –por ejemplo, el educacional, el laboral– respecto de los patrones más abarcadores. Podemos decir, entonces, que los patrones clasista y

familiar de interacción social se erigen en atractores sociales de rango social mayor con relación a otros atractores –patrones de interacción social– de menor rango.

No es necesario insistir demasiado en brindar ejemplos, pues cualquiera de nosotros podría darlos, de cómo el régimen de prácticas educacionales y/o el régimen de prácticas de empleo en una u otra sociedad presentan una dependencia determinada con relación al régimen –determinante– de prácticas clasistas en dichas sociedades.

De esta manera, a partir de la coexistencia, competencia y prevalencia de unos patrones de interacción social de la vida cotidiana sobre otros, se erige una contextualización articuladora interpatrones –de diversos grados o niveles– que es imprescindible tener en cuenta para caracterizar una u otra sociedad. Sin caracterizar semejante contextualización articuladora interpatrones de interacción social, señalando la prevalencia de ciertos patrones sobre otros e indicando de cuáles se trata, cualquier análisis o teoría social sería parcial e incompleta.

Por lo ya expresado, es evidente que lo que acabamos de señalar atañe especialmente a la necesidad de tener en cuenta en dichos análisis y teorías sociales la prevalencia de los patrones de interacción social con mayores espacios y tiempos propios, resultantes de la articulación de todos sus componentes indexicales, por su especial fuerza como atractores sociales, particularmente el clasista y el familiar, en su compleja articulación mutua. Sobran los ejemplos de la importancia cardinal de uno u otro de dichos regímenes de prácticas para cualquier *socium*. Una teoría social que los obviara, no podría ahondar en las determinaciones más profundas de “lo social”. Y a aquella teoría social que tuviera en cuenta a uno de ellos a expensas del otro, le sería difícil no incurrir en unilateralidades de enfoque¹⁸.

A su vez, nos preguntamos cómo es la articulación prevaleciente precisamente entre esos dos patrones –el familiar y el clasista– particularmente “atractores” (con especial “capacidad de incorporación” social con relación a otros). Pues ambos, en las sociedades contemporáneas, presentan espacios y tiempos propios igualmente abarcadores. Es decir, incorporan a sí mismos, necesariamente, a todos los miembros de un *socium* y por toda su trayectoria biográfica.

La respuesta puede intuirse si nos percatamos de que las familias obreras, las familias campesinas, las familias burguesas, etc., tienen sentido social, es decir, presentan existencia social fáctica comprobable; pero, por el contrario, las clases maternas, clases conyugales,

18 Se pueden constatar ejemplos de estos enfoques unilaterales, por una parte, en la doctrina social católica, que tiene muy en cuenta la relevancia para cualquier *socium* del

clases sobrinas, etc., no tienen existencia fáctica comprobable (no tienen sentido social)¹⁹. Por otra parte, de nuevo, cualquiera de nosotros podría ejemplificar con múltiples casos el modo en que, a su vez, el régimen de prácticas familiares en las sociedades contemporáneas está correlacionado, de manera también determinante para este régimen, en muchas de sus facetas si bien no en todas ellas, con el régimen de prácticas clasistas. En cambio, la correlación inversa –que existe asimismo– no es, sin embargo, de carácter determinante.

Por tanto, podemos concluir que, en su articulación mutua, el patrón familiar de interacción social (el régimen de prácticas familiares vigente) es el que se subordina al patrón clasista de interacción social (el régimen de prácticas de clase vigente) en las sociedades que presentan ambos. Es decir, entre los dos patrones que hemos venido analizando, el patrón de interacción clasista es el atractor dinámico-social prevaleciente, el de “rango” mayor.

Sin embargo, nos preguntamos qué puede aportar este análisis en términos de patrones de interacción social, y sus conclusiones, y en términos de prevalencia inter-patrones, a una teoría social que ya reconoce de todos modos la existencia determinante de las clases.

Este análisis aporta una concreción ulterior del enfoque de clases que, además de ratificarlo, lo lleva a planos de constatación y caracterización empíricas mayores –los patrones de interacción social de la vida cotidiana– susceptibles, como hemos visto, de una caracterización y sistematización metodológica (cuantitativa y cualitativa²⁰) que permite, a su vez, la descripción y caracterización con rigor científico comprobable (si bien con criterios de rigor y de vali-

régimen vigente de prácticas familiares (el patrón familiar de interacción social), pero en detrimento excesivo de la relevancia del régimen de prácticas clasistas (del patrón clasista de interacción social) vigente en dichos *socium*; y, por otra parte, en la deformación “estructuralista” y “economicista” de cierta parte de la teoría social marxista del siglo XX, que recalca la importancia del régimen de prácticas clasistas (del patrón clasista de interacción social) en su prevalencia social, pero en detrimento excesivo del papel e importancia de las prácticas familiares (del patrón familiar de interacción social).

19 La expresión –bastante usual en los enfoques clasistas– de “clases *hermanas* o *fraternales*” (por ejemplo, la obrera y la campesina) es sólo una metáfora (muy eficaz políticamente, por cierto) de la *alianza social* a la que objetivamente tienden dichas clases, y no una conceptualización de una relación de parentesco que presente existencia ontológico-social (existencia que sí puede presentar la mencionada *alianza*). No es este el único caso, por cierto, de semejantes *metáforas*.

20 Esta no constituye una afirmación declarativa general, ni mucho menos una expresión de deseo, sino que, por el contrario, se refiere y remite a todo un arsenal ya existente de metodologías cualitativas (“la observación participante”; “las historias de vida”; “las entrevistas abiertas o en profundidad”; “la investigación-acción”; el análisis institucional, etc., sólo para mencionar algunas) capaces de describir y caracterizar, precisamente, los patrones de interacción social en toda una gama de “escenarios” sociales (desde los

dez comprobable distintos de los de las ciencias naturales) de múltiples procesos y facetas de la vida social cotidiana de difícil o imposible descripción y caracterización desde planos más generales del propio enfoque clasista.

Por otra parte, dicha concreción ulterior es llevada a cabo en términos de los diferentes y variados regímenes de prácticas sociales que constituyen la producción y la reproducción de la vida cotidiana, lo que implica una ratificación y una explicitación mayor de su caracterización, en un plano de mayor concreción, de la primacía de la praxis social. Caracterización que en otros numerosos enfoques de análisis de clases permanece en un plano de aseveraciones que, aun siendo ciertas e importantes, *pecan de un grado de generalidad (falta de concreción) apreciable*.

Con todo, la sinergia social –esos comportamientos colectivos característicos de los diferentes miembros individuales de una u otra sociedad, o esos comportamientos colectivos que involucran a varios patrones de interacción social, o a grupos enteros de los mismos, a partir de los cuales emergen ordenamientos sociales sistémicos superiores– no es, ni puede ser, perfecta y acabada. Esos miembros individuales, los hombres y mujeres concretos y reales que la habitan, a pesar de integrarse a patrones de interacción social (ya sea a uno solo o a varios, como realmente siempre resulta ser el caso real) que les permiten anticipar condiciones de su obrar y esperar resultados apetecidos de ese obrar, no pueden nunca ni anticipar todas las condiciones de sus diferentes tipos de acciones, ni esperar siempre los resultados apetecidos de las mismas.

Las circunstancias de tal imposibilidad son varias y de diversa índole. Tratarlas nos conducirá en su momento, entre otras cosas, a examinar otras facetas de esa importante cuestión, a la que hemos ya aludido, de la articulación entre la conciencia tácita, la conciencia reflexiva y el inconsciente en las subjetividades individuales. Pero antes debe ubicarse dicha problemática dentro de aquella más general a la que pertenece: la de la articulación entre “lo macro” y “lo micro” social, que será tratada en el siguiente capítulo.

patrones de interacción social en “escenarios” muy locales hasta aquellos propios de “escenarios” sociales más vastos).